

1867. Con el fin de lograr que llegase á conocimiento del general D. Leonardo Marquez el crítico estado en que la fuerza imperialista se hallaba, se dispuso que se ejecutase en la madrugada del siguiente día 11 de Abril un reconocimiento en la llamada puerta ó *garita* de Méjico, situada en el camino de la capital, á distancia de algunos centenares de metros de la Cruz. El objeto de ese movimiento no era otro que el de hacer pasar por entre las líneas de los sitiadores algunos correos para el general D. Leonardo Marquez. El emperador dió al general D. Miguel Miramon la orden de ejecutar el expresado reconocimiento. Meditado el plan, el activo general Miramon dió orden al príncipe D. Félix de Salm Salm en la noche del 10 de que á las tres de la mañana del siguiente día 11 estuviese con el batallon de Cazadores en la Cruz. La disposicion fué obsequiada y á la hora señalada el príncipe de Salm Salm con el cuerpo mencionado se hallaba en la plaza de la Cruz, pronto para marchar al combate, así como el batallon del Emperador y el 3.º de línea. Esta columna estaba apoyada por los dragones de la Emperatriz y los húsares, que tenían la orden de flanquear la Cruz y de extenderse en el llano de Carretas.

Eran las cuatro de la mañana del 11, cuando el príncipe de Salm Salm, al frente de la columna, salió de la Cruz hácia la posicion de los sitiadores, marchando como vanguardia una compañía del Cuerpo de Cazadores. Iba en seguida el expresado príncipe con el coronel Cevallos y el comandante Pitner con el resto de los Cazadores, cubriendo la retaguardia el primer batallon de línea.

En los momentos en que se efectuaba la salida, tocaban diana en el campo sitiador, de manera que no era posible una sorpresa. Los imperialistas avanzaron rápidamente hácia la puerta ó *garita* de Méjico. Los republicanos, al verles acercarse, rompieron un fuego vivísimo sobre sus contrarios desde la puerta y el meson, así como desde las casas que los rodean, que estaban fortificadas en toda

1867. regla. Al escucharse el ruido de las armas  
Abril. disparadas por las tropas liberales, los cañones situados en el Campo Santo y la Cruz rompieron un vivo fuego para apoyar el ataque de las fuerzas que conducía el príncipe de Salm Salm. En la primera acometida que fué impetuosa, resistió el choque por el centro, el general republicano Poucel que mandaba el primer batallon Ligero de Toluca, y por la izquierda el general Jimenez con la infantería de Guerrero. Sin embargo de la vigorosa resistencia opuesta por los republicanos, los imperialistas llegaron á apoderarse de un corral; pero acerbados por el fuego incesante que se les hacía de las casas fortificadas, empezaron á retirarse. El príncipe de Salm Salm mandó entonces al teniente coronel Cevallos, que avanzase por la derecha con su primera compañía. La orden fué cumplida en el acto. El expresado coronel Cevallos y el comandante Pitner se lanzaron impetuosamente sobre la posicion de sus contrarios, llegando hasta el edificio de la *garita* bajo una lluvia de balas. La lucha fué allí terrible, cruzándose los fusiles entre los que defendían las aspilleras y los Cazadores que se esforzaban en tomarlas. En esos críticos momentos, el general republicano Jimenez á cuyo cargo estaba el conservar

aquel punto, mandó hacer un fuego graneado bien sostenido y dirigido á los infantes de Guerrero, que obligó á los imperialistas á retirarse por segunda vez, sufriendo considerables bajas.

Viendo el principe de Salm Salm que nuevos cuerpos acudían en auxilio del punto atacado, y que las tropas de los generales Poucel y Jimenez redoblaban sus mortíferas descargas, se vió precisado á volver á la ciudad conduciendo á sus heridos, entre los cuales se hallaban el comandante Pitner, el teniente La Roche y el jóven Lubic, á quien el emperador había nombrado subteniente el día anterior. Este jóven era polaco y ocultaba bajo el nombre supuesto de Lubic, el suyo propio, que era uno de los más ilustres de Polonia. Con efecto, aquel jóven, que sólo

1867. contaba diez y nueve años de edad, y cuya

Abril. belleza llamaba la atención de todos, era el conde Pototski, que habiendo tomado parte en la última insurrección polaca, se había visto obligado á huir de su patria. Llegado á Méjico, se alistó de soldado en el batallón de Cazadores, bajo el referido supuesto nombre de Lubic, ascendiendo poco después á sargento. Habiéndose llegado á saber poco tiempo después de haber empezado el sitio de Querétaro su verdadero nombre y la distinguida clase á que pertenecía, el emperador Maximiliano le manifestó particular aprecio, y le dió el grado de subteniente. La herida que había recibido era dolorosa: el balazo le rompió la rodilla, y conducido al hospital, le fué amputada la pierna pocos momentos después. A las cinco de la tarde el emperador Maximiliano se dirigió al hospital á visitar á los heridos, y se acercó al lecho en que

se hallaba el jóven conde Pototski, que se encontraba sumamente postrado, á causa de la amputación. Maximiliano, después de dirigirle algunas palabras afectuosas, le dió el grado de teniente y la Cruz de Guadalupe. El interesante jóven besó primero la mano del emperador y luego la condecoración con que le distinguía.

Todos sintieron la desgracia por él sufrida. El subteniente de artillería D. Alberto Hans que iba al hospital á visitarle con frecuencia, dice: «Yo sentía una opresión de corazón cada vez que iba á estrechar la mano de aquel jóven encantador, mutilado á los veinte años.» No obstante el especial cuidado que se tuvo en asistirle para ver si se lograba salvarle, el jóven conde murió á los pocos días, y fué enterrado religiosamente.

Fracasado el plan dispuesto para hacer salir de la plaza algunos correos, y viendo las sólidas fortificaciones hechas por las fuerzas sitiadoras para encerrar dentro de Querétaro á las tropas imperialistas, los generales don Miguel Miramón y D. Manuel Ramírez Arellano dirigieron al emperador, el día mismo 11 de Abril una carta, pintándole la triste situación que realmente guardaba la plaza. La carta, suscrita por ambos generales, estaba concebida en los siguientes términos:

1867. «Señor: La difícil y peligrosa situación en

Abril. que la tardanza del general Marquez ha colocado á V. M. y al ejército que defiende esta plaza, impone á los generales que suscriben, el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados.

«A la altura en que nos encontramos por efecto de pa-

sados é irreparables errores, la plaza de Querétaro y con ella el Imperio, la interesante persona de V. M. y nuestro sufrido y valiente ejército, no llegarán á salvarse si no es por medio del auxilio de las tropas del general Marquez, quien no quiere ó no puede llegar á la vista del enemigo que nos asedia. Traídas las cosas como lo han sido á este último punto, no es cuerdo esperar el transcurso de un periodo de tiempo más ó ménos largo, para emprender despues una retirada imposible, toda vez que su realizacion es un sueño ó un delirio, en el terreno de la práctica.

«Las tropas que defienden hoy esta plaza: que han sabido poner á raya los importantes esfuerzos del enemigo, y que despues de treinta y siete días de sitio conservan intacta su moral, estas tropas, Señor, que pueden resistir dentro de la linea fortificada los más sérios y tenaces ataques del sitiador, y que librarían gloriosamente una campaña campal, no obstante la desproporcion numérica de aquél y de éste, la perderán instantáneamente el día mismo en que intentemos retirarnos, sin que baste á impedirlo el ardid de presentarle al soldado como un ataque nuestro movimiento retrógrado.

«Al sonar aquella hora suprema, lo decimos con el más profundo sentimiento, caracteres débiles ó asustadizos, propondrán á V. M. que clavásemos nuestra artillería y que abandonásemos todos nuestros trenes. En tal conflicto muchos se ocultarían en la ciudad para sustraerse á los inmediatos peligros de nuestra salida; la mayoría de los que marcharan con el ejército sólo procuraría ganar terreno, alejándose del teatro del combate; muy pocos lu-

charíamos por honor y por salvar á V. M. y en último resultado, el abandono de la plaza se convertiría en una evasion de siete mil hombres, llenos de terror pánico y víctimas de la más cabal de las derrotas.

«Los cañones abandonados sucesivamente al enemigo; un reguero de muertos y heridos; los cobardes arrollando á los valientes y arrastrádoles en su precipitada fuga; la caballería contraria cargando sobre los dispersos y acuchilládoles sin piedad; una desercion fabulosa, y algunos hombres tomando las veredas y extraviando el

1867. rumbo para salvarse; tal sería, Señor, segun la

Abril. dilatada experiencia de doce años de constante

revolucion, el verdadero resultado de nuestra retirada de Querétaro, el mismo día ó al siguiente de haberla emprendido. A la vista de tan amarga realidad, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia, y dar á S. M. un palpable testimonio de lealtad y de sincera adhesion, proponiendo á S. M. que se ejecute una de las dos siguientes determinaciones, como última esperanza de salvacion:

»1.<sup>a</sup> Siendo necesario para el triunfo de las tropas que defienden esta plaza, el auxilio de una fuerza extraña, y debiendo venir ésta sin demora, S. M. se dignará salir con mil caballos, para obligar al general Marquez á que se mueva rápidamente con tal fin, batiendo primero al enemigo que se encuentre sobre el camino de Méjico.

»2.<sup>a</sup> Si S. M. no cree conveniente salir de esta plaza, entonces deberá marchar el general Mejía con los mil caballos, é ir á reunirse al general Marquez, para hacerle ejecutar lo que le tiene ordenado S. M.

»En ambos casos, los generales que disfrutaban la honra de dirigirse á S. M. con el fin indicado, se comprometen á defender y conservar la plaza hasta que llegue el ejército auxiliar, ó en un evento desgraciado, hasta que, sabiendo aquí de una manera positiva la derrota de aquel, sea preciso romper el sitio á viva fuerza.»

El emperador, en vista de la pintura hecha en la carta por dos de sus generales más activos y resueltos, contestó en el Consejo celebrado el mismo día 11, con estas palabras que á la vez que revelaban su aprecio á los autores de ella, expresaba la resolución de hallarse siempre en el puesto de mayor peligro: «He visto con placer», les contestó, «la proposición de ustedes; pero no saldré, por que si hay gloria en estar aquí, quiero tener una parte de ella; y si sucumbimos, deseo también participar de la desgracia. Sin embargo, como el pensamiento de ustedes es magnífico, he adoptado la segunda parte de él; saldrá de la plaza el general Mejía, á quien yo he visto hoy, y me ha ofrecido marchar dentro de tres días, que son los que calcula necesarios para poder montar á caballo. Mejía llevará plenos poderes míos para destituir á Marquez y traer el auxilio que necesitamos.»

1867. Entre tanto que transcurrían esos tres días, Abril. al fin de cuyo plazo esperaba el general Mejía hallarse lo suficientemente aliviado de sus enfermedades para poder montar á caballo y marchar á Méjico atravesando la línea de los sitiadores, estos activaban sus obras de circunvalación, recibían refuerzos hasta de los Estados más distantes, así como cañones, rifles, y ponían en un estado formidable el barrio de San Sebastian donde poco á

poco se habían establecido, frente á la línea del Norte de los imperialistas, y en Pateo, al pié de la Cruz que la convirtieron en una posición verdaderamente formidable.

A su vez los imperialistas trabajaban en la plaza con actividad fabricando municiones, levantando obras de defensa, y componiendo las armas que se inutilizaban; pero los republicanos no sólo tenían sobre sus contrarios la ventaja de cubrir sus bajas, sino también de aumentar el número de su ejército cogiendo gente de todas partes, mientras los sitiados se hallaban en la imposibilidad de reponer ni aún sus más ligeras pérdidas.

Las fuerzas de los sitiadores aumentaban á medida que iban disminuyéndose las de los sitiados, pues aquellos, teniendo armas en abundancia podían armar, por medio del sistema de leva, el número de hombres que necesitaran, mientras sus contrarios, no contando con depósito ninguno de fusiles, se veían en la imposibilidad de formar nuevos cuerpos.

La escasez de víveres empezaba también á dejarse sentir en la plaza, y mientras los defensores de ella sólo los podían adquirir á precios fabulosos, los republicanos se proveían abundantemente de semillas y ganado en las grandes haciendas de campo que se hallan en los alrededores de Querétaro, á la vez que recibían de los Estados más próximos los que enviaban los gobernadores de ellos.

Como era sumamente importante para los sitiados dar aviso á los hombres que estaban en la capital al frente del gobierno, de la crítica situación que guardaba la plaza, se procuró encontrar un individuo que se resolviese á salir de la ciudad aun antes de que el general Mejía em-

prendiese su marcha, á fin de que cuando éste llegara á Méjico, los ministros tuviesen ya dispuestos los recursos que se habían de enviar en auxilio de Querétaro. Difícil

1867. era encontrar persona que se resolviese á des-  
Abril. empeñar la peligrosa mision de portador de pliegos; pero D. Pedro Sauto, perteneciente á una familia de San Miguel Allende, jóven de valor, entusiasta por la causa del imperio, que se hallaba en Querétaro, al saber que se trataba de comunicar algo importante á las primeras autoridades de la capital, se ofreció á desempeñar la peligrosa mision, en la cual arriesgaba su vida. Aceptado el ofrecimiento del valiente jóven, se le entregaron los pliegos que debía llevar, y el día 12 salió de la plaza con las precauciones que juzgó necesarias. La empresa de atravesar la línea de los sitiadores, sin ser visto, era difícil. D. Pedro Sauto, sin embargo, creyó que lo conseguiría, y marchaba lleno de fe en salir bien de la empresa; pero cuando más lleno de esperanza se hallaba, fué descubierto y aprehendido. Como las opiniones del jóven eran muy conocidas, se le registró cuidadosamente, y se le encontró la comunicacion que llevaba. Pocos momentos despues fué sentenciado á muerte, y fusilado en el acto.

Habían transcurrido los tres días en que se creyó que el general Mejía se hallaría en estado de montar á caballo y marchar á Méjico; pero continuando enfermo, se tuvo que pensar en enviar á otro que desempeñase el cargo que se le tenía dado. Al efecto el emperador dispuso que se celebrase una junta de generales en la casa del expresado general Mejía. Reunidas las personas convocadas, se constituyeron en junta de guerra, bajo la presidencia del ge-

neral D. Miguel Miramon. Este, tomando en seguida la palabra, dijo: «Deseando S. M. el emperador el acierto para el mejor desenlace de nuestra situacion, así como que la presente Junta tenga una libertad absoluta al tratar los puntos que le van á ser sometidos, ha resuelto que nos ocupemos de ellos sin su presencia. El Soberano me ha encargado que manifieste á la Junta, como lo hago, que pone á disposicion de ella todo, excepto su honor. Por mi parte, llamo la atencion de los Sres. Generales presentes, á fin de que las resoluciones que adopten correspondan al noble objeto del Emperador, y sean dignas en toda ocasion de unos soldados que tienen sobre sí inmensas responsabilidades, y que han sabido elevarse á las clases supremas de la milicia.

»Las cuestiones que el Emperador me ha prevenido que someta á la deliberacion de la Junta, son las siguientes:

»1.<sup>a</sup> ¿Se debe continuar la defensa de Querétaro, ó ha llegado el momento supremo de abandonarla?

»2.<sup>a</sup> Si continúa la defensa de la plaza, ¿qué se hace de víveres, forrajes y dinero?

»3.<sup>a</sup> ¿Qué se deberá hacer con la caballada?

1867. »4.<sup>a</sup> Una vez que se crea conveniente con-  
Abril. tinuar la defensa, ¿qué tiempo deberemos permanecer aún en este estado?

»5.<sup>a</sup> ¿Se deberá nombrar una comision de generales para proporcionar recursos pecuniarios al ejército?

»6.<sup>a</sup> ¿Es conveniente la salida de esta plaza de los Señores general Moret y coroneles príncipe de Salm Salm y Campos á la cabeza de la caballería?

»Tales son, Señores, los graves puntos que el Soberano

se ha dignado someter á nuestra más franca deliberacion. En consecuencia, para proceder al debate, tiene la palabra el Sr. general director de artillería, D. Manuel Ramirez de Arellano.»

Este, tomando entonces la palabra, dijo: que «cuando se iba á tratar en aquella junta del porvenir de Méjico, de la salvacion del soberano y del honor y suerte del valiente y sufrido ejército, su conciencia le decía que debía hablar con la franqueza y energía que acostumbraba en todos sus actos.» Manifestó en seguida, «que estaba asombrado de ver lo que pasaba entre ellos de dos meses á aquella parte; que primero se habían propuesto dejar concentrar á las fuerzas republicanas para no batirlas en detall, sinó en masa; que cuando estuvieron reunidas, se pensó de distinta manera, no pareciendo ya oportuno atacarlas sinó estar á la defensiva; que luego que se tomó esta nueva actitud, se discurió que sería mejor abandonar la plaza, idea que fué desechada en la junta de guerra verificada entonces;» añadió, que «á la falta de una seccion de estado mayor, propiamente dicha, se debía el no haber almacenado víveres, no haberse fortificado oportunamente, no tener considerable número de municiones y exponer al pueblo de Querétaro á sufrir la plaga del hambre que ya se anunciaba con todos sus horrores.» Opinó que allí no debía haber ministerios, ni autoridades civiles ni juntas recaudadoras de impuestos. «El estado de sitio,» añadió, «con todos sus rigores, el general en jefe, que es el emperador, y un jefe de estado mayor inteligente, activo y enérgico que trabaje veinte horas, por lo ménos, diariamente, es lo único que mandan las reglas del arte y

que aconseja el sentido comun.» Despues de exponer algunas otras ideas y de decir que «la autoridad militar necesitaba ser la única y debía obrar con toda la energía de que era susceptible, concluía con estas palabras: «En consecuencia, mis opiniones son las siguientes: Que continúe la defensa de la plaza hasta que se sepa definitivamente si el general Marquez la auxilia ó no; que los víveres, forrajes y dinero debe proporcionarlos el jefe de estado mayor; que salga la caballada de la plaza; que

1867. Abril. se sostenga la plaza, por lo ménos un mes más, lo cual es fácil si el estado mayor pone en práctica los medios sencillísimos que hay para lograr este fin; que no se debe nombrar una comision de generales para proporcionar recursos ni para ningun otro objeto, porque es de la obligacion del jefe de estado mayor arbitrar cuanto necesite el ejército; que debe salir de la plaza la caballería con los señores general Moret, y coroneles príncipe de Salm Salm y Campos; pero mandada por un coronel de alta representacion para que llene el objeto de las instrucciones y poderes que llevará del emperador.»

En la censura respecto de que la plaza no se hubiese fortificado oportuna y convenientemente por aquel á quien correspondía, el expresado general Don Manuel Ramirez de Arellano, estuvo poco justo. Sabido es que había estado muy léjos de la mente de todos los que formaban el ejército imperialista, encerrarse en Querétaro; que todo estaba dispuesto para marchar en busca de las fuerzas republicanas, y que sólo cuando el emperador determinó esperar la llegada del general Olvera con fuerzas de la Sierra para dejarle guardando la plaza, se procedió á le-